

Hacia una teoría sociosemiótica

Fernando Andacht

Propósito

Ante el desafío de pensar lo multi- o trans- disciplinario para elaborar una reflexión sobre las ciencias sociales quiero argumentar en favor de lo *indisciplinario*. A riesgo de parecer paradójico, para acceder a esta meta epistemológica es necesaria una rigurosa metodología. Si como lúcidamente afirmó el especialista brasileño en comunicación social, Muniz Sodré (1990) en un seminario realizado recientemente en nuestro país:

“Una verdadera teoría de la comunicación sería una puesta en crisis de las ciencias sociales”.

entonces, no interesa mayormente la teoría a la que el investigador o docente en ciencias sociales se *afilie* (versión paternalista de la epistemología aplicada), sino que lo importante es su *afinidad* o reunión transitoria, interesada y cambiante con cualquier punto de la “perspectiva emergente” en el horizonte científico. Así designa F. Merrell (en Lokke & Koelb, 1987: 243-264) la provocativa reunión de las ciencias duras (naturales) y blandas (sociales o humanas) en este fin de siglo. Merrell agrupa escuelas de pensamiento contemporáneo tales como la deconstrucción, la hermenéutica y la semiótica, junto con conceptos actuales de la física cuántica (indecidibilidad, indeterminación, incompletud), y de la filosofía de la ciencia. Una vez que perdemos “confianza en una matriz histórica o en un encuadre conceptual monolítico al cual se pueda apelar para determinar la naturaleza del conocimiento, la verdad, el significado de los signos y del mundo”, como plantea Merrell (1987:196) en otro trabajo, la pregunta que nos hacemos es: qué lugar puede ocupar la epistemología dentro de un universo científico sin límites precisos y fundacionales?

Puesto que este trabajo se propone poner en tela de juicio lo disciplinario, sea uni-, trans- o multi-, se vuelve necesario formular la pregunta sobre el porqué de la elección de un campo concreto de la enunciación científica, ¿porqué la selección en este caso de los tres nombres o

problemáticas de Aristóteles, Peirce y Goffman, tal como lo desarrollaremos en detalle en el siguiente apartado? Vamos a tomar a uno de ellos a modo de ejemplo, pero lo planteado es válido para los tres.

El fundador de la semiótica, que es tan sólo otro nombre para la lógica en la opinión de Charles Sanders Peirce, describe en estos términos el material para análisis científico:

“Yo me propongo un análisis de lo que aparece en el mundo (*what appears in the world*). No se trata de la metafísica lo que tratamos aquí: sólo la lógica. Por ende, no nos preguntamos sobre lo que realmente es, sino sólo sobre lo que se nos aparece a cada uno de nosotros en cada minuto de nuestras vidas. Yo analizo la experiencia, lo que constituye el resultado cognitivo de nuestras vidas pasadas, y encuentro en ella tres elementos. Los llamo categorías”. (C.P. 2.84)¹

La fenomenología propuesta por el semiótico norteamericano recibe el nombre de faneroscopia, es decir, el estudio sistemático de todos los modos de aprehensión del mundo-de la-vida husserliano. Las categorías peirceanas constituyen auténticos vínculos cognitivos y afectivos y por ello consiguen eliminar la rígida dicotomización entre sujeto y objeto típica del positivismo, para fundar un “espacio transicional” en el sentido que le da al término el psicoanalista británico D. W. Winnicott, es decir, como la maniobra fundadora de la cultura humana, el terreno que viene a suplir la falta resultante de la separación entre niño y madre.

Peirce es muy claro respecto al modo operativo de su captación de impresiones o apariencias:

“En la Fenomenología no hay aseveración salvo de que existen ciertas apariencias; y aún éstas no pueden ser aseveradas porque no pueden describirse” (C.P. 2.197).

¹ Todas las referencias a Peirce se hacen siguiendo la práctica habitual: 2.84 significa volumen 2, párrafo 84 de los *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*.

Lo que más se conoce de Peirce es aquello que más da lugar a equívocos, me refiero a su teoría y clasificación de los signos.

El motivo de estos frecuentes malentendidos es que se tiende a ignorar "la clave de esa teoría", acertada descripción propuesta por G. Déledalle (1987:387) para la faneroscopia o fenomenología peirceana. Voy a utilizar dicha clave para formular el esbozo de un modelo sociosemiótico cuya única validez es ser una perspectiva que ayude a ignorar todo límite a priori entre campos disciplinarios.

Por ejemplo nada nos impide relacionar la reflexión semiótica sobre las apariencias con la escritura muy diversa de un contemporáneo de Peirce. En un provocativo ensayo titulado "Frasas y filosofías para el uso de los jóvenes" de 1984, Oscar Wilde escribía:

"En todos los asuntos sin importancia, el estilo, no la sinceridad, es lo esencial. En todos los asuntos importantes, el estilo, no la sinceridad, es lo esencial". Para ambos pensadores el orden de la apariencia surge como la entrada de todo percepto, de toda categorización que determina en última instancia el universo cognitivo del individuo. El hombre se mueve dentro de un contexto en el que corrobora de continuo las hipótesis sobre lo que ve, sobre su alcance y sus consecuencias para su propia vida. En un ámbito tan importante socialmente como lo es el de la interacción cara a cara, tanto pública como privada, vivimos siempre arriesgando juicios sobre los demás en base a impresiones que estos nos producen, y sabemos que el otro hace lo mismo. Nada hay menos seguro, nada hay más importante. Sobre este campo cotidiano de incertidumbre e hipótesis teoriza Aristóteles en su Retórica o arte de la comunicación cotidiana, al decir de Barthes (1982:16). Este tratado tiene que ver con las formas de producir "una de esas cosas que pueden indiferentemente ser o no ser y cuyo origen está en el agente creador no en el objeto creado" (ibid.).

Reflexión a medio camino entre lo sociológico, lo literario y lo semiótico, este análisis del manejo de apariencias e impresiones se puede fechar en el nacimiento de la polis griega, o en la populosa e imperial metrópolis victoriana de Wilde. Se trata de dar cuenta científicamente de las diversas formas de socialidad ciudadana, de la existencia de grandes grupos que deben interactuar cotidianamente. El presente ensayo pretende comenzar a discutir las bases de un análisis sistemático del darse a ver, es decir, la conversión de la identidad privada, íntima en una instancia es-

pectacular, en algo que se ofrece en espectáculo continuado al otro.

Ninguno de los tres pensadores tratados aquí es presa de esa ansia por liberarse de "la retoricidad (que) es el último autoengaño del positivismo, la ilusión de un conocimiento puro, no mediatizado, directo". El que así se expresa es M. Herzfeld (1988:2) un antropólogo que retoma la visión deconstructiva de G. Vico en *La Nueva Ciencia*, para analizar la estrategia retórica que es infaltable dentro de toda relación social, es decir, la dimensión persuasiva existente hasta en la más nimia interacción cotidiana. Desplegar esta acción retórica no significa agregar un ornamento gratuito a algo sustancial, una suerte de identidad inmaterial y trascendente, sino por el contrario, implica constituir activamente ese efecto de sentido que conocemos como 'personalidad'.

La legitimidad social no es un a priori, como no se cansa de argumentar E. Goffman, sino el producto de una constante negociación de naturaleza semiótica. Modernamente es Locke quien nos recuerda que los signos no sólo son aquellos elementos intercambiados entre los socios para entenderse (la comunicación) sino para aceptar lo inteligible como creíble, por venir de alguien que nos merece confianza y estima, a causa de la impresión recibida. Representación informativa y retoricidad, entendida esta última como la presentación persuasiva del sí mismo son por ende dimensiones inseparables.

Para finalizar este ya demasiado extenso prolegómeno a otro que es el propio modelo sociosemiótico propuesto, quiero resumir el vínculo entre **el mundo social**, aquello que para la gran mayoría es el ámbito de lo real a secas, y **el mundo semiótico**, aquello que para casi todos pasa desapercibido, los signos nuestros de cada día y que, sin embargo, construyen silenciosamente toda impresión de realidad. Con el fin de articular esta síntesis voy a acudir a un concepto desarrollado por E. Goffman casi al final de su vida, con el propósito de dar cuenta de la relación entre ambas esferas; el microsociólogo postula la existencia de un *loose coupling* o "apareamiento difuso" entre la realidad social y los signos que la expresan. En contra del determinismo mecánico y reduccionista que postula una relación causal simple entre las estructuras sociales y los signos tanto individuales como masivos (la discusión del sociólogo se refiere específicamente a los mass media visuales, como la TV, el cine, las revistas), Goffman (1988:39) otorga su justa importancia a "los materiales icónicos disponibles" pues los signos que emiten los

medios son siempre "seleccionados entre el repertorio disponible en relación a las configuraciones sociales" (ibid. -énfasis agregado, F.A.) La expresión "en relación" empleada por Goffman es crucial para entender su propuesta teórica: se plantea así la problemática de una mutua interacción entre la situación de producción y la de recepción en los discursos públicos, sean estos massmediáticos o individuales. Como señala Herzfeld, renunciara al componente de retoricidad en la vida cotidiana es renunciar al rol activo de los hombres en la conformación de sus vidas. Imaginar una autenticidad transparente del lado de la gente-tal-cual-es, y una artificiosidad opaca del lado de los signos empleados ya sea individualmente o por los medios es, fomentar la mitología de la pasividad espectacular y del poder sin límites de la manipulación mediática.

Tres retóricas, una teoría: Aristóteles, Peirce y Goffman en un nuevo marco

Una extraña tríada: el filósofo griego, el semiótico norteamericano, y el socio (semio) logo canadiense. Su reunión dentro de un nuevo marco es una alusión al trabajo ya clásico de Langer (1941) *Philosophy in a New Key* (*La filosofía en una nueva clave*), como también al análisis del marco (*frame analysis*) elaborado Goffman (1986, orig. 1974). La maniobra es un intento de arrojar luz sobre sus respectivas "técnicas". El término pertenece a Langer y designa "una modalidad de lidiar con los problemas" más allá de la naturaleza misma de estos.

Aristóteles define la retórica como un arte o artificio, es decir, como una *tekhné*; por su parte Peirce describe una de las tres ramas de la semiótica como "retórica especulativa", es decir el campo de la determinación de "las leyes por medio de las cuales en toda inteligencia científica (Peirce alude a una mente) un signo permite el nacimiento de otro" (2.229). Si bien la referencia explícita de Peirce para el nombre de esta rama es Kant, puede leerse una continuación del trabajo aristotélico, agregando a la persuasión basada en el sentido común, el análisis de todo aquello que vuelve válida una conclusión, o como lo formula Rothenberg-Halton (1986:91), "es una retórica basada en la persuasión determinada por lo real". Por su parte, Goffman caracteriza su campo de investigación como el estudio de las técnicas por medio de las cuales la gente cotidianamente maneja las situaciones de interacción cara-a-cara.

No obstante las diferencias considerables en los asuntos elegidos para su estudio en las respectivas obras de Aristóteles, Peirce y Goffman, mi enfoque parte de la idea de que estos tres pensadores condujeron su trabajo teórico de un modo sorprendentemente similar. Dicha analogía, claro está, surge al adoptar el punto de vista sociosemiótico del presente ensayo. De acuerdo a mi investigación bibliográfica E. Goffman, el punto de interés central de este estudio, en ninguna ocasión cita a ninguno de los otros dos autores. Cabe preguntarse entonces porqué agruparlos de este modo. La hipótesis que defiende sostiene que algunos de los aspectos más relevantes del modelo sociosemiótico de Goffman aparecen con gran nitidez dentro de esta nueva "clave" indisciplinaria, es decir, a través de la yuxtaposición de las tres aproximaciones.

El *theoros* (etimología de "teórico") era una suerte de espectador oficial en las mayores celebraciones públicas de la Grecia clásica. Su trabajo era similar al del juez en un partido de tenis, quien encaramado sobre su alta silla tiene un sitio privilegiado para contemplar el desarrollo del evento deportivo.

Del mismo modo toda teoría supone la existencia de una observación aguda, una mirada focalizada hecha desde un punto muy ventajoso.

Los tres teóricos desarrollaron tres retóricas, en el sentido antes discutido, para dar cuenta de la producción social del sentido. Una retórica para el corpus de maneras de descubrir palabras persuasivas, otra para el poder de los signos de determinar ciertos pensamientos o interpretantes, y una para el repertorio de exhibiciones corporales (*displays*) que resultan en el otorgamiento social de un sí mismo a cada individuo.

Allí donde se cruzan las tres técnicas y la misma mirada, propongo la existencia de un nuevo campo de estudio, la **dimensión fatológica**. Parte del dominio sociosemiótico, ésta tiene que ver con las técnicas de significación cuya función es generar signos creíbles, es decir, la producción de legitimidad social. Nuestros tres *tehoroi* tienen cosas muy importantes que decir sobre el terreno casi virgen de la sociosemiótica.

La dimensión fatológica

El nombre del lógico nominalista medieval Ockham ha quedado indeleblemente asociado a una máxima metodológica, su "navaja" es un útil instrumento heurístico que adelgaza cualquier búsqueda científica de inútiles complicaciones

para la explicación de un fenómeno. Peirce consideraba su propuesta de que "**Entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem**" (las entidades no han de ser multiplicadas excepto que esto sea absolutamente necesario) como "la más sensata de todas las máximas lógicas para el procedimiento científico" (5.6). Esta parsimonia del método que aconseja que "una hipótesis no debe introducir complicaciones no requeridas para explicar los hechos" (Peirce, 4.1) vuelve necesaria una explicación a esta altura de mi planteo.

La introducción de un nuevo concepto para dar cuenta de un aspecto fundamental de la semiosis social no implica la invención de una nueva entidad (dentro de un universo ya demasiado poblado). Ransdell (1986:57) comenta respecto a las categorías peirceanas de 1867 que su finalidad es "tan sólo aislar **dimensiones** de la significación en las cosas"².

Impelido por el mismo "demonio de la invención terminológica" que Malinowski (1930:315), he modelado este término según su **comunidad fáctica**. Vale la pena citar el contexto completo dentro del cual el fundador del funcionalismo en antropología acuña esta expresión:

"El caso del lenguaje que es empleado en el intercambio social libre, sin propósito alguno, requiere una consideración especial (...) La función del Lenguaje en las meras sociabilidades (es) uno de los aspectos basales de la naturaleza del hombre en la sociedad" (Malinowski 1930:313).

El término va a adquirir celebridad bajo el nombre de **función fáctica** u orientación hacia el contacto, tanto físico como psicológico, dentro del modelo comunicacional de R. Jakobson (1960). Mi propuesta es una versión amplificada de lo fáctico, una que incluye signos verbales y no verbales, y cuyo espectro es mucho más amplio que el intercambio de "meras sociabilidades". Sin embargo, esta reformulación forma parte del proyecto original del antropólogo en la medida en que la **dimensión fatológica** es un estudio del "acto que sirve el fin directo de unir al oyente y al hablante por medio de un vínculo de alguna clase de sentimiento social" (Malinowski 1930: 315).

2 D. Greenle (1973:40) hace una distinción similar cuando propone dos formas conceptuales diferentes de entender las categorías peirceanas: una **hipostática** que responde a una formulación categorial en tanto "modalidades de ser (...) como cosas"; otra **factorial** que postula las categorías como "clases de factores descubiertos en el análisis de un asunto al cual se le aplican las categorías". "Mi dimensión fatológica de la semiosis es de tipo factorial.

Llamaré **fatológica** a toda estrategia semiótica utilizada por un individuo para volver sus actos presentables o legítimos. Por tal motivo, su estudio pertenece a la sociosemiótica, que según la definición de Verón (1987:126) es "la teoría de la producción del discurso social". Otra forma de plantear su constitución epistemológica es considerarla como la elaboración de una teoría de las formas en que el hombre se vuelve predecible para los otros. Tal como lo expresa aforísticamente el maestro de Goffman: "Ser en alguna medida predecible constituye el **sine qua non** de la cordura y la humanidad" (Birdwhistell 1970:14). Al término del análisis, sin embargo, nos sentiremos inclinados a decir, junto con el célebre estudiante del especialista en kinésica que la así llamada "naturaleza humana no es una cosa muy humana" (Goffman 1967:231).

El si mismo como efecto semiótico

En la **Retórica**, Aristóteles cambia el riguroso y necesario silogismo del método dialéctico por el artificio (técnica) de los argumentos verosímiles presentados como entimemas (1356 b 25). Este manual sociopolítico afirma que si un hombre desea adquirir buena fama (**doxa** 1360 b 22) deberá emplear para ello un criterio estadístico con el cual modelar su lenguaje. Por eso la verosimilitud (**to eikos** passim) es uno de los pilares de toda técnica persuasiva. Aristóteles la define como "aquello que sucede en general pero no de modo absoluto" (1357 a 34-35). Este concepto está lo suficientemente próximo al criterio de predecibilidad de Birdwhistell, discutido arriba, como para considerarlo un requisito básico para la socialización, aunque quizás **semiotización** sería más acertado³.

El filósofo John Locke, influencia decisiva en Peirce, nos da una sólida justificación de esta verosimilitud fundamental. Los pensamientos del hombre le dan a éste y a los demás gran "beneficio y deleite sin embargo están todos dentro de su propio pecho, invisibles y escondidos de los demás" (Locke 1961: III,ii). Para resolver esta paradoja "fue necesario hallar algunos signos sensibles externos, pero, agrega Locke, los hombre sólo

3 Aristóteles (1357) b 1-26) opone la verosimilitud (**to eikos**) a los índices (**semelion**). Sin embargo, ambas estrategias retóricas se basan en hábitos sociales, y como tales se oponen al criterio de plausibilidad empleado por el método científico, pues los primeros son códigos semióticos, según lo plantea Eco (1984:43).

pueden "suponer que tales signos son las marcas de las ideas en la mente" (ibid.). No sólo depende el hombre de la mediación *sígnica* para volver su proceso cognitivo un fenómeno intersubjetivo, sino que además no puede sino **suponer** que dicha mediación es una versión fiel de la mente del otro. Esta última es una zona a la que jamás podrá acceder directamente. La suposición como cálculo probabilístico del pensamiento ajeno está destinada a engendrar duda y sospecha. Sin la mediación no habría motivo alguno para elaborar una técnica que consiga la fe del otro respecto a nuestra buena fe (tal como la expresión retórica medieval *fidem facere* nos deja entender).

Volverse verosímil implica aplacar la ansiedad del otro mediante el envío de algo que refleje -como lo hace un espejo- lo que el otro (y uno mismo) espera para una ocasión dada). El reflejo es vehículo de lo aceptado general y consensualmente, nada lo es más que el lugar común.

La vida del hombre es una incesante búsqueda de verosimilitud. La dimensión fatológica es un intento de describir la lucha cotidiana que libran los individuos para conseguir el reconocimiento. Hegel lo tenía presente cuando teorizó sobre el deseo transitivo del hombre: el deseo de ser deseado por otro ⁴.

Si uno no supiera la fecha, 1867, y el contexto, la metafísica de Peirce, habría una fuerte tentación de leer la siguiente afirmación como si fuera psicoanalítica, con fuerte sabor a Lacan: "la concepción del sí mismo implica la posibilidad de otro (an other)" (1.556-subrayado en el original). La idea de Peirce sirve como una apretada síntesis de un amplio abanico de aproximaciones al fenómeno intersubjetivo que van de *Lain* ⁵ hasta Greimas ⁶, pasando por Lacan ⁷, *Pêcheux* ⁸ y, por

supuesto Mead ⁹. Quedan así cubiertas disciplinas muy variadas: la (anti) psiquiatría, la semiótica europea, el psicoanálisis postfreudiano, el análisis automático del discurso y la sociología interaccionista. El punto de vista compartido por todos ellos es que el concepto del sí-mismo es inseparable de la metapercepción de éste, la percepción de la percepción que tiene el otro de mi sí-mismo. Una maniobra auténticamente **especulativa** (Latin *specio*: mirar; *speculum*: espejo) en la cual dos espejos se enfrentan y generan imágenes del otro que se multiplican infinitamente.

Creo, sin embargo, que es sólo con el modelo microsociológico de Goffman que "la deconstrucción del sí-mismo en el capitalismo moderno" ¹⁰ se lleva a cabo. Durante casi 30 años Goffman desarrolló y refinó una hipótesis que ya estaba presente en su tesis doctoral de 1953. La mejor síntesis de ésta se halla formulada en lo que el joven sociólogo no sin cierto tono peyorativo llama su "retórica dramática" (1959:254):

"Una escena correctamente montada y actuada conduce a la audiencia a imputar un sí-mismo al personaje actuado, pero esta imputación -el sí mismo- es un **producto** de una escena lograda, y no una **causa** de ésta" (1959:252, énfasis en el original).

De este modo el atributo máspreciado y sacrosanto de la humanidad, la mística *psukhé* o el **anima**, se analiza como una pieza de alta precisión en la ingeniería social, un bien aceitado artefacto semiótico que todos tratamos de mantener en excelente estado para lograr conseguir una identidad social legítima ante los otros. Pero no debe haber duda al respecto, la estrategia funciona en ambos sentidos. El individuo no se inventa a sí mismo, es aquello que "sus otros significantes han llegado a ver que él debería ser, el modo en que han llegado tratar a quien él parece ser, y en el que, como consecuencia, él tiene que tratarse a sí mismo, si quiere manejar los manejos que los otros tienen con él" (Goffman 1971:279).

La Figura 1 muestra los tres elementos implicados por la dimensión fatológica: una estrategia fatológica (E.F) o signos desplegados para obtener un sí-mismo verosímil, la imagen autopercibida (I.A) y la imagen del sí-mismo que se desea el otro le impute (I.I.O). En la diagramación he

4 Para una discusión ya clásica ver A. Kojève (1947), texto en el cual es muy probable se basó Lacan para su teorización sobre narcisismo y reconocimiento (1975).

5 Laing et al. (1973:15) describen la génesis de la identidad social como "una espiral de metaperspectiva" que se puede "extender indefinidamente".

6 El "contrato de veridicción" propuesto por Greimas (1983:11) muestra la importancia de la representación que nos hacemos de la axiología del otro, para conseguir el efecto de "parecer-verdadero".

7 Al respecto es pertinente la discusión de Lacan (1975:154) sobre la dicotomía freudiana del Ich-Ideal opuesto al Ideal-Ich, categorías que corresponden al imaginario y a lo simbólico del psicoanalista francés.

8 Pêcheux (1969:19) describe el discurso como "formaciones imaginarias" que cada participante de la situación comunicativa asigna al otro, concretamente "una imagen de su propio lugar y del lugar del otro".

9 La noción de "otro generalizado" pertenece a Mead (1934).

10 MacCannell (1983:4).

intentado poner de manifiesto el interesante paralelo de este modelo con el que da Peirce del signo, definido como "Todo lo que determine que otra cosa (su **interpretante**) se refiera a un objeto al cual él mismo se refiere (su **objeto**) de la misma manera, el interpretante a su vez se convierte en un signo..." (2.303). Las líneas terminadas en flecha, es decir, con dirección simbolizan la relación semiótica de determinación, mientras que las líneas punteadas simbolizan la relación de "referirse a".

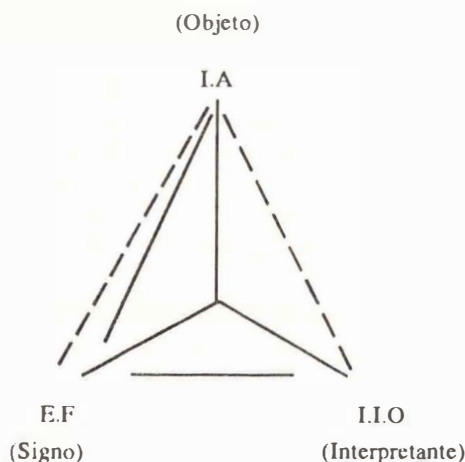


Figura 1

Marcos para una dimensión fatológica

En su comentario de la *Retórica* aristotélica, Barthes (1982:44) ¹¹ hace notar la escasa importancia asignada por la argumentación a la originalidad; se la sacrifica para conseguir un método confiable, ya que "el hombre no puede hablar a menos que el no sea engendrado por su palabra, y para ser dado a luz de esa manera existe una *tekhne* específica, la *inventio*".

Un buen método no sólo es decisivo para las ciencias sino también para la clase de razonamiento que todos nosotros utilizamos para aquello que "podemos observar directamente, lo que es familiar" (2.332), por lo cual Peirce propone considerar esta rama de la lógica como "la más elevada y más viva de todas" (ibid.). En el contexto presente no deja de tener interés el hecho de que uno de los nombres dados a ésta por Peirce es el de

Retórica Especulativa -los otros son *Retórica Formal* y *Metodéutica*- y el concepto va a aparecer como una preocupación recurrente en sus escritos.

Entre 1867 y 1902, he hallado ocho referencias a la definición, el alcance, las conexiones y hasta el futuro de la retórica especulativa.¹² En una afirmación algo grandilocuente, que nos recuerda la predicción epistemológica de Saussure (1972:60) sobre la semiología como una ciencia que "todavía no existe (...) pero (que) tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano", Peirce escribe en 1896 que la retórica especulativa está "destinada a transformarse en una colosal doctrina de la que se puede esperar que nos conduzca a las conclusiones filosóficas más importantes (ya que) la nueva lógica (...) se aplica a cualquier cosa" (3.454).

Es la primera definición, sin embargo, la más relevante para mi propósito presente. La llamada en ese entonces (1867) **retórica formal** "trata sobre las condiciones formales de la fuerza de los símbolos, o de su poder de apelar a una mente, es decir, de su referencia en general a los interpretantes" (1.559). Muy estrechamente vinculada a esta división de la lógica, Peirce propone una que involucra los símbolos; la que corresponde a la retórica formal implica los **argumentos**, aquellos signos "que en forma independiente determinan sus interpretantes, y de este modo las mentes a las que apelan, poniendo como premisa una proposición o proposiciones que tal mente va a admitir" (ibid.).

Si ignoramos el tono psicológico y por ende perturbador, de esta definición, tal vez otro "cebo para Cerbero"¹³, la retórica propuesta por Peirce continúa semióticamente aquello que Aristóteles empezó sociopolíticamente. Apelar exitosamente a otros sólo se consigue si la acción de los signos o semiosis es controlada cuidadosamente. En verdad hay grandes peligros en la semiosis ilimitada; en tal sentido la manipulación indica el acto de sujetar los interpretantes dentro de los límites mucho más estrechos de la legitimidad social. De otro modo, "vivir por inferencia"¹⁴ sería mucho más riesgoso de lo que ya es.

La última cita pertenece al sociólogo W. I. Thomas, y está tomada del análisis de Goffman

¹¹ *La Antigua Retórica* (orig. de 1970) está basada en un curso dictado en 1964. Se puede detectar su influencia en el número de la revista *Communications* (Nº 11, 1968) dedicado íntegramente al análisis del verosímil.

¹² En orden cronológico son: 1.559 (1867); 4.116 (1893); 2.333 (1895); 1.444 (1896); 3.454 (1896); 2.229 (1897); 2.204 (1901); 2.93 (1902); 1.191 (1903).

¹³ De una carta a Lady Welby (Hardwick 1977:81), el contexto es semejante.

¹⁴ W. I. Thomas, sociólogo norteamericano citado en Goffman 1959:4.

(1959) del sí-mismo como técnica dramatúrgica. Muestra el fuerte lazo de su modelo tanto con la semiótica de Peirce como con la verosimilitud de Aristóteles, tal combinación produce la dimensión fatológica postulada aquí. Por otra parte, la aproximación goffmaniana a la interacción social puede ser considerada como parte de una muy antigua tradición rica en posibilidades metodológicas (objetivo perseguido por la retórica especulativa). Este último punto es especialmente relevante si pensamos que una de las acusaciones más frecuentes hechas contra la teoría de Goffman es su falta de formalización, o, en términos más elegantes, su empleo de "un método literario". Veamos dos ejemplos. "La escritura (de Goffman) tiene impacto. Pistas para su fuerza y fama actuales pueden encontrarse mediante un análisis de su estilo literario" (Manning 1976:19). Se lo acusa de ser "concientemente poco sistemático al definir sus términos" (Manning 1976:16). Otro crítico concluye que su principal "estrategia es la de nominación" ya que su análisis es "sólo aparentemente sobre la vida social; en realidad es auto-referencial y su tema más profundo es la validez de su propia terminología" (Jameson 1976:127-129).

Esta clase de crítica se equivoca cuando no percibe el intento sistemático que hace Goffman para describir pautas de "pensamiento no-normativo" (Greenle 1973:17) para su etnografía de la vida moderna. En términos peirceanos, el asunto es cómo descubrir el mejor modo de "apelar a una mente" para que ésta admita ciertos interpretantes y no otros; de esta operación surgirá un sí-mismo verosímil. Lo que los críticos no han percibido es que el así llamado enfoque literario de Goffman, como también su terminología son muy adecuadas para lo que Peirce llama la *lógica utens* (2.204), que Greenle (ibid.) describe como "los modos de argumentar y razonar que cada uno posee, sea lógico profesional o no; estos modos si no son estudiados o criticados, conforman la *logica utens* de un razonador" ¹⁵.

Para poder desarrollar una teoría del proceso inferencial cotidiano de presentar un sí-mismo, Goffman necesita desarrollar su propia retórica especial. Sin embargo, esta maniobra no menoscaba la calidad del modelo teórico, como parecen creer sus críticos. A este respecto, viene a la mente

la obra de otro pensador controvertido, una de cuyas obras tiene un título que guarda una semejanza muy llamativa con el trabajo que hizo famoso a Goffman: *La Psicopatología de la Vida Cotidiana* de 1901. Tanto el método como la terminología de Freud han sido y aún son el blanco frecuente de críticas semejantes.

La dimensión fatológica nos muestra al hombre como si fuera un calamar que intenta cubrir sus movimientos no verosímiles (ya sea animales o simplemente diferentes, no típicos) bajo el espeso fluido semiótico de un consenso aparentemente fácil. El hombre está continuamente involucrado en un proceso de legitimación mutua, pero en cada encuentro solo podrá conseguir "una aceptación transitoria" (*a working acceptance*) ¹⁶. Esto significa que las personas se imputan unas a otras una identidad normal hasta nuevo aviso, ya que en la interacción cara a cara cualquiera es verosímil a menos que se acumule en su contra suficiente evidencia negativa.

Desde su formulación en los años cincuenta, a través de los setenta y hasta su última propuesta de 1981, Goffman demuestra de manera muy consistente que para fabricar normalidad, el hombre necesita como materia prima "recursos seguros" ¹⁷. Sólo mediante el empleo de estrategias fatológicas podrá el hombre preservar su propia cara así como la del otro ¹⁸.

La versión que ofrece Goffman de la *inven-tio* aristotélica es, primero, la metáfora del escenario teatral: máscaras, decoración y bambalinas.

Luego su terminología será lingüística: para aclarar una impresión perturbadora el hombre utiliza "glosas corporales" (Goffman 1971:124), y, en general, "un corpus de rápidas exhibiciones para establecer una posición viable con respecto a un evento embarazoso" (Goffman 1971:187).

El teórico hace una advertencia: si bien la elección es posible, en virtud de su misma naturaleza este repertorio "cierra el conjunto de elecciones" (ibid.). La formulación definitiva de este inventario semiótico de seguridad lo presenta como el "espacio del marco": "un conjunto de actitudes disponibles en todo momento" (Goffman 1983:273). El concepto del marco merece una discusión

15 Peirce propone "dos tipos de razonamiento" (2.332) para el análisis de las proposiciones. Basándose en la obra del Prof. Schröder, afirma que la clase de raciocinio "no-normativa" emplea "evidencia retórica", aludiendo así al mundo cotidiano como prueba verosímil.

16 El término aparece en su tesis doctoral, para un buen tratamiento cf. Y. Winkin (1988:100).

17 El título del capítulo XV de su tesis doctoral (reimpreso en Y. Winkin 1988:110).

18 En 1967, Goffman los llama "(auto)respeto" y "consideración" por el otro.

aparte, puesto que es el punto en que más se acerca el sociólogo al semiótico, y su teoría a la dimensión fatológica aquí propuesta. Además, una consideración de los diferentes ingredientes epistemológicos de la teoría del marco han de mostrar su potencial como modelo sociosemiótico. No sostengo que todos estos componentes directamente influenciaron a Goffman. No obstante, todos ellos pertenecen a la tradición filosófica en la que él escribió. El objetivo no es probar una deuda inconciente sino obtener una imagen más nítida del análisis del marco dentro de un contexto intelectual mayor.

Dos décadas luego de su original enfoque de la interacción cotidiana, Goffman da con un método para tratar un elemento central: el cambio.

La relación entre el sí-mismo y el **non-ego**, es decir, el mundo exterior y los otros¹⁹ con todas sus fluctuaciones, es explicada en términos del marco y de la **clave**, el primero estando sujeto a constantes modificaciones por el segundo término. Una síntesis de lo esencial de la teoría puede encontrarse en la siguiente afirmación de Bateson (1979:147), a quien la concepción del marco le debe mucho: "la relación viene primero, ella **precede**"²⁰.

El ser humano puede rápida y eficazmente encontrar la mejor postura disponible en su malefón de verosimilitud para la interacción normal a causa de su constante predisposición. Considerados desde la dimensión fatológica, nuestros signos funcionan como los nuncios renacentistas, los fieles embajadores que tenían la tarea específica de realizar la representación ritual; sólo luego de que este aspecto había concluido podían ocupar su lugar los procuradores, y así terminar con el aspecto sustancial de la ocasión²¹.

El objetivo del análisis del marco es doble: a) elaborar una definición contextual del significado social y b) describir las clases de participación subjetiva en una situación. El concepto del marco da cuenta del primer punto. Se define como "una construcción básica de comprensión disponible en nuestra sociedad para entender el sentido de los acontecimientos" ya que "vuelve lo que de otro modo sería un aspecto sin ningún sentido de la escena en algo significativo" (Goffman 1986:10;21).

Para explicar los cambios potenciales que sufre esta "construcción básica", Goffman utiliza una imagen musical. La clave (**key**) sirve como el dispositivo de transformación del modelo, aunque, se apresura a agregar el autor, "en el sentido geométrico y **no** Chomskyano del término" (1986:41). Para conservar los interpretantes de la interacción cotidiana en el ámbito de la anhelada normalidad que puede ser tranquilamente desatendida por los demás, las inferencias deben ser constantemente adaptadas, ésta es la tarea de las claves. ¿Cómo podemos saber si algo es una broma, algo a no tomar en serio? Nuevamente es Bateson quien aporta la solución primero; en su discusión del juego, el biólogo lo define como no siendo más que "un nombre para contextos en los que los actos constitutivos poseen **un tipo diferente de relevancia y de organización** del que ellos tendrían en el no-juego" (1979:138 -énfasis agregado).

Para conseguir el segundo objetivo analítico, Goffman propone el concepto de "material en el que absorberse" (versión aproximada del intraducible "**engrossable**"). Así queda en evidencia la naturaleza semiótica de la investigación. El fundamento de este análisis no es ni psicológico ni ontológico, sino semiótico. Algo en lo que absorberse "no es aquello que para un individuo es real, sino más bien aquello que puede atrapar su atención" (Goffman 1986:6). Los sentimientos y la estructura del mundo no son aquí relevantes, lo que sí cuenta es la actividad productora de sentido de los materiales en que absorberse. En otras palabras, lo que consideramos aquí es el poder de los signos para "apelar a una mente", como lo expresa Peirce (1.559), si dejamos de lado el giro psicologista y tenemos presente que el interpretante es **determinado lógicamente** por un signo, siendo él mismo un signo.

Para completar el cuadro, me limitaré a mencionar los otros componentes teóricos del concepto del marco. Ya se ha dicho algo del peso que la teoría de Bateson tiene, sólo cabe agregar que sus "mensajes establecedores del marco" ("**frame setting messages**"), como por ejemplo "Esto es juego", hacen alusión directa al término en cuestión. Con estos señalamientos, quedan delineadas posibles direcciones para la investigación socio-semiótica que partiendo del análisis del marco nos lleva hacia la dimensión fatológica.

Lo Típico: Primer elemento lo constituye la noción de verosimilitud en Aristóteles, ese dominio humano de lo que en general se cree verdade-

19 Goffman (1971:248) hace interesantes disquisiciones sobre el concepto de *Umwelt*, propuesto por primera vez por el biólogo alemán Uexküll.

20 Aparece ya en 1953 como componente básico de la interacción (en Winkin 1988:96).

21 La imagen es tomada de una discusión de Goffman (1969:87) sobre la diplomacia.

ro. Luego el *legisigno* de Peirce, pues tiene la naturaleza de "un tipo general" (2.246). Greenle (1973:137) piensa que dichas "generalidades" son "hábitos significativos (que) controlan un modo específico de reaccionar interpretativamente". Enmarcar implica atribuir la generalidad de las representaciones a cada acontecimiento singular del mundo (es decir, otorgarle la categoría de terceridad-*thirdness*- que Peirce adjudica a los símbolos, a la ley y a los argumentos) ²².

La Anticipación: El deseo no es nunca un circuito diádico de estímulo y reacción en el hombre. Peirce nos da el ejemplo de querer comer un pastel de manzanas: "se trata de una idea sobre una idea (...) qué delicioso sería para mí (...) comer un pastel de manzanas" (1.341).

Basta con cambiar el deleite del paladar por el placer durkheimiano involucrado en el acto de que el otro le garantice al sí-mismo "la posesión de un pequeño patrimonio de sacralidad" (Goffman 1971:63), y obtendremos la semiosis fatológica ²³.

La Percepción como Inferencia: La lección de Kant es clara al respecto, el ojo inocente es ciego. Diversos estudiosos de la mimesis, desde Gombrich hasta Goodman han probado de modo convincente que la idea kantiana es acertada, en el dominio de lo icónico. La sorprendente precisión con que el hombre define y redefine las situaciones en las que está involucrado corrobora la existencia de esta activa penetración de los sentidos en el mundo. Enviar un marco a un encuentro quiere decir que la significación de este último es *asignada* en lugar de ser meramente registrada por la persona en esa ocasión.

La Figura 2 diagrama las contribuciones epistemológicas que señalan no tanto deudas del modelo sociosemiótico del marco goffmaniano, sino más bien posibles caminos de investigación y refinamiento de su teoría, a partir de y reformulando los conceptos de las otras concepciones mencionadas.

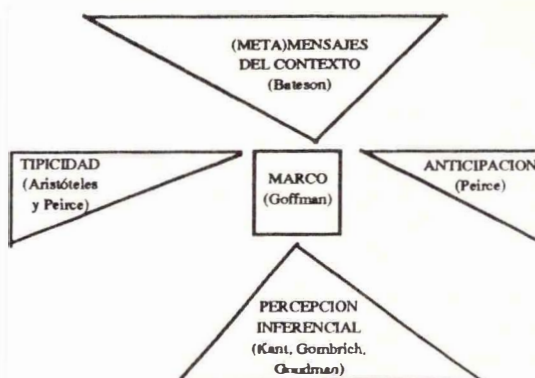


Figura 2

Este trabajo no es más que el prolegómeno de un muy necesario desarrollo semiótico en el área del discurso social (identidad, creencia, reconocimiento). El concepto del marco es el instrumento apropiado para dar cuenta de ese que S.K. Langer (1969:XIV) denomina "la función de la transformación simbólica", en otras palabras, cómo convertimos el mundo en ese edificio de signos llamado humanidad.

El modelo sociosemiótico y los medios: Una aplicación

La reflexión que sigue se ocupa de los medios masivos en una de sus instancias célebres, su polémico vínculo con los actores políticos.

Pocos dudan hoy que los medios de comunicación masiva constituyen el escenario privilegiado en el que los hombres contemplan diversas formas representativas y retóricas; el modelo sociosemiótico brevemente expuesto en las páginas anteriores sostiene que dichas formas no son un pasivo reflejo del mundo, y que los espectadores no las reciben pasivamente como instancias a obedecer o imitar en sus propias vidas. Vale la pena recordar la clásica definición que da Aristóteles en su *Retórica* de esta técnica o arte en la vida cotidiana: la retórica no es en sí misma un género o un discurso que persuade sino que su finalidad es "ver los medios de persuadir que hay para cada cosa particular" (1.355b 11-13). Nuestra existencia humana, social está sujeta a aquello que puede ser de un modo u otro, es decir, lo opuesto a las reglas que rigen el orden natural, ámbito de lo inexorable. Por ende toda representación debe ir formulada de un modo creíble, convincente, no existe otra manera de volverse legítimo ante la mirada ajena. Esto es válido tanto para un presidente como para un adolescente que busca ser aceptado por sus pares.

22 La experiencia es vivida antes que nada como continuidad, concepto que para Peirce (1.337) constituye "terceridad a la perfección".

23 Otra referencia pertinente la hallamos en Peirce (2.148) cuando éste propone considerar la expectativa como "una hábito del imaginar".

Un lugar común de la crítica de los medios es la acusación de banalizar lo que hay de sublime o espontáneo en la vida social; esta crítica olvida, sin embargo, que en toda época las formas profesionales más o menos públicas de expresividad para la fruición masiva no han sido meros reflejos de la vida social, tal como sostiene una postura mecanicista que se resiste a morir. La concepción del "loose coupling" o apareamiento vago entre realidad social y signos que la expresan, propuesta por Goffman y desarrollada someramente en la sección inicial (ver Propósito), queda muy bien ilustrada por la reflexión del sociólogo Raymond Williams respecto a la aparición del soliloquio dentro de las convenciones del teatro isabelino. Si bien dicha técnica dramática está condicionada por una lógica social, también posee una lógica interna que le asigna un lugar específico dentro del teatro epocal, y constituye ante nada una modalidad expresiva, un artificio retórico que es "inseparable de nuevas concepciones de la personalidad y nuevos sentidos de los límites y contradicciones de las relaciones sociales existentes. En esta inseparabilidad el soliloquio es *al mismo tiempo una nueva modalidad composicional y una nueva clase de contenido*" (Williams, 1981:141 - énfasis agregado, FA-).

Propongo sustituir la tradicional visión de los medios electrónicos como una feria de vanidades con poder hipnótico sobre la indefensa audiencia, especialmente aquellos espectáculos que gozan de mayor popularidad (teleteatro, radio con solicitudes musicales, programas de opinión, series de acción, talk shows, etc.) por una concepción de estos como el espacio semiótico en el que la sociedad, o buena parte de ella, se piensa y asiste a la dramatización de sus conflictos de toda índole, e incluso donde puede resolver interpretativamente problemas reales.

El siguiente ejemplo es ofrecido como una mínima ilustración de las posibilidades que posee el modelo sociosemiótico descrito aquí. Por ende no pretende ser una "aplicación" exhaustiva, sino apenas señalar una dirección para la investigación sociosemiótica.

Tanto en Uruguay como en Argentina, los presidentes electos han utilizado la televisión en forma muy eficaz. Un ejemplo de despliegue retórico fue la presentación del hoy presidente L. A. Lacalle en un talk show (*Hablemos*, Canal 10) al que fueron invitados sucesivamente los principales candidatos. A ese living room de utería acudieron estos políticos para mostrarse "tal cual eran", a dar su otra cara, la privada. Si empleamos

el análisis del marco goffmaniano, sabemos que se produce una laminación de la situación cotidiana ("estar en el living room de su propia casa o en el de un anfitrión"), desde el instante en que la cámara enfoca rostro, mínimos gestos y actitudes, bajo las poderosas luces de un estudio televisivo, todo ese conjunto expresivo se convierte en una parte importante de la identidad pública.

La televisación de esta charla informal y amable aspiraba a crear el efecto de "los famosos vistos de entre casa". No obstante, esta estrategia asimilaba inexorablemente el comportamiento del candidato a la verosimilitud específica del medio. La tipicidad o legisigno característico del actor político perdía fuerza frente al legisigno actor televisual. El mecanismo de la anticipación que nos lleva a enmarcar el flujo de la acción en el mundo social dentro de ciertos marcos consabidos, nos hace adelantar el encuentro con algo/alguien que espero ver aparecer en la pantalla dentro del género personaje-de-talk-show. No es la **imagen** la que vende, como no se cansa de repetir la opinión pública, es la adaptación correcta al marco, el anticiparse a la anticipación del televidente lo que tiene gran poder persuasivo.

Hubo una diferencia significativa en el comportamiento de Lacalle en esa ocasión. Mientras todos los demás, a sugerencia del animador del programa, acudieron con la familia y un grupo de amigos -especialmente las celebridades que podían arrojar un brillo adicional al lustre político del candidato- el actual presidente eligió acudir exclusivamente con su familia. Lo acompañaron en la ocasión su esposa y sus dos hijos. No casualmente hubo al mismo tiempo dentro de la campaña de Lacalle una pieza de propaganda que estimo de importancia fundamental respecto a ese grupo clave de los indecisos. La filmación de video mostraba a los cuatro paseando sonrientes y unidos por una playa de Montevideo. La hipótesis manejada aquí es que sin esa transformación televisual del marco, una clave (*key*) de la situación no transformada familia-de paseo, le hubiera sido más difícil al candidato separarse del pelotón. Del punto de vista del verosímil aristotélico, a Lacalle le hubiera sido más difícil representar sus convicciones tradicionales pero a la vez modernas, el ideal de la actual familia uruguaya, metas que logró gracias al efecto semiótico televisual de la apariencia elegante y "light" exhibida por la esposa y los hijos adolescentes. Ese verosímil televisual no está muy alejado de las claves que aparecen continuamente en campañas publicitarias de toda clase de bienes de consumo, desde ropa juvenil hasta alimentos dietéticos.

En Argentina el caso de Menem y los medios ha cobrado cierta notoriedad, sin embargo creo que la estrategia desplegado por el presidente argentino no es muy diferente de la recién comentada. Ante la fuerte devaluación de la figura política tradicional, el hombre que adusto arenga a la muchedumbre desde una tribuna, el actual presidente argentino tanto en su campaña como actualmente, decide apartarse diametralmente del legisigno citado. Dicho legisigno o tipicidad estaría encarnada en la historia reciente de ese país por un político como Alfonsín.

De las muchas presentaciones extra -o antipolíticas, en el sentido antes referido, elijo una paralela a la de Lacalle.

Menem es invitado a un talk show de características muy diferentes al uruguayo. Señalemos la más obvia: la persona a cargo de la animación. Mientras que este último era conducido por un periodista serio, de ideología mesocrática, que tiene a su cargo un programa radial de divulgación culta, con una audiencia de estratos medio y medio alto, la conductora del programa de televisión argentino es casi su antítesis. Su contrapartida es una vedette que hace ostensión de un estilo frívolo y juguetón (tal vez la descripción más ajustada sería "camp" tal como lo teoriza modernamente Susan Sontag). Basta comparar los nombres de ambos programas para apreciar las notorias diferencias: **Hablemos** evoca una celebración de logos dominante en la cultura media uruguaya, el ideal de ilustración para la mayoría, sugiere una indagación informal pero seria e informada de las diversas temáticas que traen los invitados a su living; **Hola Susana** designa el protagonismo flagrante de la diva que en la presentación desciende de un automóvil blanco ante un séquito de admiradores. Quienes van allí entran en un contrato cuyo verosímil es 'tutearse con la fama', gozar del instante de gloria bajo las candilejas del estudio.

El día 9 de julio, fecha patria argentina, Menem acude a la cita y se le canta el feliz cumpleaños, torta con velitas incluida. Su presencia en el sofá de raso blanco de la conductora lo incluye en un marco que siempre es recibido transformado: el jet set.

Revistas, documentales, programas especiales están dedicados a glorificar los días y placeres de estos pocos que viven como ninguno. Menem sabe entonces ubicarse en ese marco en clave ocupado habitualmente por deportistas, artistas, raros y magnates.

Esta presentación tan anti-mesocrática, tan poco mesurada desde el canon democrático batllista uruguayo, tiene idéntico componente de retoricidad que la relativamente ascética puesta en escena del candidato Lacalle (tanto en el living de *Hablemos* como en el corto que lo muestra paseando con su familia). Ambas actuaciones son tan importantes para la política actual como los decretos emanados del poder ejecutivo. Sus consecuencias para la población no deben subestimarse como el mero decorado en la torta de la *res publica*, la gestión de los hombres de acción, ni tampoco sobreestimarse como una insidiosa conspiración para engañar a los posibles votantes. Se trata en cambio de la imperiosa necesidad de desplegar públicamente el *ethos* epocal, de exhibir espectacularmente la garantía suprema del sí mismo, tal como surge del análisis de Goffman a partir de Durkheim.

No hay otro modo de darse a ver que mediante alguna forma de presentación. La mediación de lo político encuentra en los medios electrónicos la única vía posible de acceder a la realidad, o quizá sería mejor decir al efecto semiótico de lo real. La tarea de la investigación es estudiar las inferencias posibles respecto al sentido que construye la comunidad, en esta construcción juegan un papel destacado tanto la cotidianidad no electrónica como lo que se ve, oye y lee en los medios masivos.

Referencias bibliográficas

- ARISTÓTELES, *Retórica*. A. TOVAR (ed.), edición bilingüe con aparato crítico, prólogo y notas, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1953.
- R. BARTHES, *Investigaciones Retóricas I. La Antigua Retórica*, Barcelona, Ed. Buenos Aires, 1982 (orig. 1970, en Communications 16).
- G. BATESON, *Mind and Nature*, New York, Bantam, 1979.
- R. BIRDWHISTELL, *Kinesics and Context*, Philadelphia, University of Philadelphia Press, 1970.
- G. DELEDALLE, "Qu'est-ce qu'un signe?", *Semiotica* (1987), 380-392.
- U. ECO, *Semiotics and the philosophy of language*, London, E. GOFFMAN, *The presentation of self in everyday life*, Garden City, New York, Doubleday & Co., Anchor Books, 1959.
- *Interaction Ritual*, Chicago Aldine, 1967.
- *Strategic Interaction*, Philadelphia Univ. of Pennsylvania Press, 1969.
- *Relations in Public*, New York, Basic Books, 1971.
- *Frame Analysis*, Boston, Northeastern University Press, 1986 (orig. 1974).
- *Forms of Talk*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1983.

- D. GREENLE, *Peirce's concept of sign*, The Hague, Mouton, 1973.
- A. J. GREIMAS, *Du Sens II*, Paris, Seuil, 1983.
- C. S. HARDWICK, *Semiotics and Significance, the correspondence between C. S. Peirce and Lady Victoria Welby*, Bloomington Indiana University Press, 1977.
- M. HIERZFELD, "Rhetoric and the constitution of social relations", *Working Papers and Proceedings of the Center for Psychosocial Studies*, Chicago, 1988.
- R. JAKOBSON, "Closing Statement: Linguistics and Poetics". En T. Sebeok, (ed.), *Style in Language*, Cambridge, MIT Press, 1960, 350-377.
- F. JAMESON, "On Goffman's Frame Analysis", *Theory and Society* 3 (1976), 119-133.
- A. KOJEVE, *Introduction à la lecture de Hegel*, Paris, Gallimard, 1947.
- J. LACAN, *Le Séminaire. Livre I*, Paris, Seuil, 1975. R. LAING, et al., *Percepción Interpersonal*, Buenos Aires, Amortortu, 1973.
- S.K. LANGER, *Philosophy in a New Key*, Cambridge, Harvard University Press, 1941.
- J. LOCKE, *An Essay Concerning Human Understanding*, London, J. Dent, 1961.
- D. MACCANNELL, "Erving Goffman (1922-1982)", *Semiótica* 45-1/2, (1983), 1-33.
- B. MALINOWSKI, "The problem of meaning in primitive language". En C. K. OGDEN y I.A. RICHARDS, *The Meaning of Meaning*, 1930, London, Routledge and Kegan Paul, Appendix I.
- G. H. MEAD, *Mind, Self and Society*, Chicago, Univ. of Chicago Press, 1934.
- F. MERRELL, "Of position papers, Paradigms, and Paradoxes", *Semiótica*, 65 3/4 (1987), págs. 191-223.
- "An uncertain semiotic". En V. Lokke & C. Koelb, (ed.), *The Current of Criticism*, West Lafayette, Purdue University Press, 1987, 243-264.
- M. PECHEUX, *Analyse Automatique du Discours*, Paris, Dunod, 1969.
- C. S. PEIRCE, *Collected Papers of C. S. Peirce, I, II*, C. Hartshorne & P. Weiss (ed.), Cambridge, Mass, Harvard University Press, 1931.
- J. RANSDELL, "On Peirce's concept of iconic sign". En P. Bouissac et al. (ed.), *Iconicity. Essays on the nature of culture*, 1986, 51-74.
- F. de SAUSSURE, *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, Losada, (trad. A. Alonso), 1972.
- M. SODRE, "Epistemología y Comunicación Masiva". Seminario dictado en UCUDAL, 23-26 de julio, 1990.
- E. VERON, *La Semiosis Social*, Buenos Aires, Gedisa, 1987.
- R. WILLIAMS, *Culture*, London, Penguin, 1981.
- Y. WINKIN, *Les Moments et leurs Hommes*, Paris, Seuil, 1988.